

una montaña esperaban encontrar las fuerzas enemigas dispuestas á impedirles el paso; y al ver que sin ser molestados pudieron pasar los desfiladeros y acercarse á las llanuras, suponían hallar éstas ocupadas por un formidable ejército que los obligara á pelear tan encarnizadamente como en la batalla de Otumba; pero aunque de cuando en cuando se descubrían en las alturas partidas que parecían observar sus movimientos, no se les obstruyó su marcha hasta que llegaron á una profunda barranca, por cuyo fondo corría un arroyo que se cruzaba por un puente ya medio destruido. En el lado opuesto estaba acampado un cuerpo considerable de indios, dispuesto al parecer á disputar el paso; pero sea porque desconfiaran de su número, ó porque los intimidara la marcha imperturbable de los españoles, no los atacaron y fueron fácilmente dispersos con pocas, pero resueltas cargas de caballería. Así pudo continuar el ejército sin ser hostilizado hasta una pequeña ciudad llamada Coatepec, donde pasaron la noche. Antes de retirarse Cortés á su tienda rondó el campo acompañado de unos cuantos caballeros escogidos para ver si no había riesgo (24). Parece que sus ojos nunca se cerraban al sueño ni se fatigaba su cuerpo; el indomable espíritu que lo animaba era el que le daba fuerzas.

También pudo haber contribuido á tenerlo en vela la ansiedad y la duda, pues solo distaba tres leguas de Tezcucó, famosa capital de los acolhuas. Determinó fijar, si era posible, su cuartel general en esta ciudad, cuyos numerosos edificios ofrecían comodidades para alojar á su ejército, y además su fácil comunicación con Tlascalá por un camino diverso del que habían seguido, le proporcionaba los medios de obtener pronto auxilios de aquel país amigo, y el seguro transporte de los bergantines cuando se concluyeran para echarlos en las aguas del lago; pero tenía bastantes motivos para desconfiar del recibimiento que se le haría en aquella capital, pues después que salieron los españoles de México habían sobrevenido allí cambios importantes, de que es necesario hablar.

Recordará el lector que el cacique de aquel señorío, llamado Cacama, fué después por Cortés cuando residía en la metrópoli azteca, á consecuencia de una conspiración tramada contra los españoles, y que se colocó la corona en las sienes de su hermano menor Cuicuitzca. El destronado príncipe era uno de los prisioneros que llevó consigo Cortés, y que la noche triste pereció con los demás en el terrible paso de la calzada. Su hermano, temeroso probablemente de rei-

(24) „É como la gente de pie venía algo cansada, y se hacía tarde, dormimos en una población, que se dice Coatepeque.... É yo con diez de caballo comencé la vela, y ronda de la prima, y hice, que toda la gente estuviese muy apercebida.” *Ibid.*, pp. 188 y 189.

(25) En cuanto á la marcha de que se habla en las páginas precedentes, además de la carta de Cortés tantas veces citada, pueden consultarse los escritores siguientes: Gomara, *Crónica*, cap. 221.—Ovied. *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 18.—Bernal Díaz, *Hist. de la conquista*, cap. 137.—Camargo, *Hist. de Tlascalá*, MS.—Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 10, cap. 20.—Ixtlilxochitl, *relación de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*, (México, 1829,) p. 9.

nar después de la huida de los españoles, sobre vasallos que tenían tanta simpatía por los aztecas, acompañó á los españoles en su retirada, y tuvo la fortuna de llegar salvo á Tlascalá. Entre tanto, un hijo segundo de Nezahualpilli, llamado Cuanaco, reclamó la corona que le pertenecía como herencia legítima por la muerte de su hermano mayor; y como que abrigaba contra los hombres blancos el mismo odio que sus compatriotas y los aztecas, fueron apoyados sus derechos por el emperador mejicano. Poco después de su elevación al trono, tuvo el señor de Tezcucó oportunidad de probar de una manera eficaz su lealtad á Méjico.

Una partida de cuarenta y cinco españoles, ignorando los sucesos de Méjico llevaban á allá una gran cantidad de oro á tiempo que sus compatriotas se retiraban á Tlascalá. Cuando pasaron por el territorio tezcucano fueron atacados de órden de Cuanaco, muertos la mayor parte de ellos en el sitio, y enviado el resto á Méjico para inmolarlos en los altares del sacrificio. Las armas y vestidos de estos desgraciados fueron colgados como trofeos en los templos; y separada su piel de los cuerpos fué puesta sobre los sangrientos altares, como la ofrenda más grata á las ofendidas divinidades (26).

Algunos meses después el proscrito príncipe Cuicuitzca, cansado de residir en Tlascalá, y deseando volver á reinar, regresó secretamente á Tezcucó con la esperanza, según parece, de levantar allí un partido en su favor; pero si en efecto fueron tales sus esperanzas, quedaron cruelmente burladas, pues luego que puso el pie en la capital fué entregado á su hermano, quien por aviso de Guatemozin le condenó á muerte como traidor á su país (27). Tal era el estado de las cosas en Tezcucó, cuando por segunda vez se acercó Cortés á sus puertas; de manera que no solo debía dudar del modo con que se le recibiría, sino de si se vería obligado á entrar por la fuerza.

Pero estos temores se disiparon el día siguiente, cuando antes que estuvieran las tropas sobre las armas se anunció una embajada del señor de Tezcucó. Formábanla varios nobles, algunos de ellos conocidos de los soldados de Cortés, que traían una bandera dorada en señal de amistad, y un presente de corto valor para Cortés. Eran también portadores de un mensaje del cacique, en que pedía al general no hostilizara sus dominios, invitándole á alojarse en su capital, y prometiéndole que á su llegada juraría obediencia al soberano español.

Disimuló Cortés la satisfacción con que escuchó estas proposiciones, y áspe-ramente pidió cuenta á los enviados de los españoles que habían asesinado, exigiendo la restitución inmediata de lo que les habían quitado; pero los nobles in-

(26) Véase la página 63 de este tomo.

Era una ofrenda muy común en los templos indios la piel de los prisioneros inmolados en la piedra del sacrificio; y los supersticiosos sacerdotes celebraban muchas de sus festividades bailando públicamente envueltos en estos horribles despojos de sus víctimas. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, *passim*.

(27) *Rel. tere. de Cortés*, en Lorenzana, p. 187.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 19.

dios se excusaron haciendo recaer toda la culpa sobre el emperador azteca, por cuya orden se habia cometido tal crueldad, y en cuyo poder paraba el tesoro tomado á los castellanos. Instaron á Cortés á que no entrara en la ciudad aquel mismo dia, y á que pasara la noche en los suburbios para que su soberano tuviera tiempo de disponer los alojamientos precisos para el ejército; pero no escuchó el general español estas instancias: continuó su marcha; y al mediodía del 31 de diciembre de 1520, á la cabeza de sus legiones, entró por las venerables murallas de Tezcuco, ó „el lugar de descanso,” como no impropriadamente se le llamaba (28).

Sorprendióle, lo mismo que la primera vez que visitó esta populosa ciudad, la soledad y silencio que reinaba en sus calles. Lleváronle al palacio de Nezahualpilli, que se le habia señalado para cuartel, y que era un conjunto irregular de edificios bajos que cubria un extenso terreno, semejante al palacio real que ocuparon las tropas en Méjico, y tan espacioso, dice Cortés, que no solo era bastante para todos los españoles, sino para doble número (29). Dió orden de que se respetaran la propiedad y personas de los habitantes, y prohibió á sus tropas salir de sus cuarteles bajo pena de muerte.

Pero estas órdenes no fueron bastantes para impedir algunos excesos por parte de los indios aliados, quienes, si es cierto lo que asegura el historiador tezcucano, poco despues de su llegada incendiaron uno de los palacios reales. Conservábanse allí los archivos de la nacion, por lo que, sea cual fuere el modo con que se verificase el incendio, es de deplorar por los anticuarios que habrian tal vez encontrado en sus anales geroglíficos alguna luz sobre las emigraciones de las misteriosas razas que se establecieron primitivamente en las montañas del Anáhuac (30.)

Alarmado Cortés, así por este manifiesto abandono de la ciudad, como porque ninguno de sus principales habitantes salió á recibirle, mandó algunos soldados que subiesen al teocalli inmediato y observasen lo que pasaba en la ciudad. Pronto volvieron con la noticia de que estaba saliendo de ella gran número de hombres con sus familias y bienes muebles, unos en canoas que se internaban en el lago, y otros á pié que se dirigian á los montes. Comprendió entonces el general el objeto de las instancias del cacique para que los españoles pasaran la noche en los suburbios: conoció que solo queria ganar tiempo para evacuar la capital; y temiendo que el mismo cacique se le escapase, sin pérdida de tiempo des-

(28) Tezcuco, nombre chichimeca, significa segun Ixtlilxochitl „lugar de detencion ó de descanso,” porque allí hicieron alto las diferentes tribus del Norte cuando entraron al Anáhuac. Hist. chich., MS., cap. 10.

(29) „La qual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles, nos pudieramos aposentar bien á placer en ella.” Rel. terc., en Lorenzana, p. 191.

(30) „De tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos perecieron desde este tiempo. La obra de las casas era la mejor y la mas artificiosa que hubo en esta tierra.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.

tacó por las calles principales algunas de sus tropas, con el fin de que hiciesen volver á los fugitivos y arrestasen al cacique si era de este número; pero era muy tarde, pues ya Cuanaco iba muy lejos atravesando el lago con direccion á Méjico.

Determinó entonces Cortés sacar partido de este acontecimiento, colocando en el trono á otro príncipe que le fuera mas adicto. Convocó una asamblea, compuesta de las pocas personas principales que aun permanecian en la ciudad, y por su dictámen, y ostensiblemente por su eleccion, elevó á un hermano del último soberano al solio que declaró vacante. Este príncipe que consintió en ser bautizado, fué un dócil instrumento de los españoles; pero sobrevivió pocos meses (31), y le sucedió otro miembro de la familia real llamado Ixtlilxochitl, quien como general de los ejércitos, puede decirse tuvo en sus manos las riendas del gobierno durante la vida de su hermano. Como aquel personaje estuvo íntimamente asociado con los españoles en todos los hechos posteriores de la conquista, á cuyo feliz éxito contribuyó eficazmente, convendrá dar una idea de la histotia de sus primeros años, que en verdad está tan llena de maravillas, como la de un héroe fabuloso de la antigüedad (32).

Era hijo en segundas nupcias del gran Nezahualpilli. Algunos prodigios extraordinarios que acaecieron en la época de su nacimiento, y el melancólico aspecto que presentaron los planetas, obligó á los astrólogos que consultaron el horóscopo del príncipe, á aconsejar al rey su padre le quitase la vida, pues si llegaba á crecer estaba destinado á unirse á los enemigos de su pais, y á destruir sus instituciones y religion; pero el anciano monarca replicó: “que habia llegado el tiempo en que debian venir del Oriente los descendientes de Quetzalcoatl á tomar posesion del pais; y que si la Providencia habia elegido á su hijo para cooperar á ello, se hiciera su voluntad” (33.)

(31) El historiador Ixtlilxochitl paga el siguiente homenaje a su real pariente, que se llamaba Tecocol; siendo muy extraño que este nombre solo se encuentre en la obra de Sahagun, y no en ninguna otra de las historias contemporáneas. „Fué el primero que lo fué en Tezcoco, con harta pena de los españoles, porque fué nobilísimo y los quiso mucho. Fué D. Fernando Tecocoltzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto cuanto podia ser cualquier español por muy blanco que fuese, y que mostraba su persona y término descender, y ser del linage que era. Supo la lengua castellana, y así casi las mas noches despues de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debia hacer acerca de las guerras.” Ixtlilxochitl, Venid. de los esp., pp. 12 y 13.

(32) Algunos historiadores no mencionan la coronacion de Tecocol, y ni aun su existencia, y otros las refieren de una manera tan equívoca, por omitir su nombre indio, que es muy dudoso si han querido hablar de otro diverso de su hermano menor Ixtlilxochitl. Solo el historiador tezcucano que lleva este melodioso nombre, trae algunos particulares de su historia, y yo le he seguido porque á consecuencia de sus relaciones personales, tuvo los mejores medios de adquirir noticias, aunque debe confesarse que es demasiado crédulo para que siempre se le deba dar crédito.

(33) „Él respondió, que era por demas ir contra lo determinado por el Dios Cria-

Al paso que el niño se adelantaba en años, fué dando muestras precoces, no solo de su talento, sino de una actividad malévol, que hacia concebir fundados temores para lo futuro. Cuando apenas contaba doce años, organizó un pequeño cuerpo de niños, de su edad ó poco mas, con quienes practicaba los ejercicios militares de su nacion, dirigia fingidos combates, y alguna vez atacaba á los ciudadanos pacíficos, introduciendo el desórden y la confusion en el palacio y en toda la ciudad. Algunos de los antiguos consejeros del rey, enlazando estos hechos con las predicciones hechas en su nacimiento, hallaron síntomas tan alarmantes, que le repitieron el consejo de los astrólogos de quitar la vida al infante, si no queria ver algun dia envuelto su reino en la anarquía. Llegó á oídos del jóven príncipe este desagradable consejo, y ofendióle tanto, que se puso á la cabeza de su compañía de jóvenes atrevidos, y entrando á la casa de los consejeros los sacó de ellas arrastrando y les dió garrote; modo de ejecutar la pena capital en Tezcuco.

Arrestósele y fué llevado á la presencia de su padre. Cuando éste le preguntó los motivos de su escandalosa conducta, contestó friamente "que solo habia ejecutado lo que tenia derecho de hacer, y que los ministros culpables habian merecido su suerte por haber intentado enagenarle el amor paternal, sin mas motivo que su irresistible inclinacion á la profesion de las armas, la mas noble y mas digna de un príncipe; que si habian sufrido la muerte, no era esto mas de lo que ellos habian querido para él." El sabio Nezahualpilli, dice el historiador, encontró mucha fuerza en estas razones, y no viendo en aquella accion nada de bajo y sórdido, sino mas bien el impulso de un espíritu intrépido que con el tiempo podia obligarle á hacer grandes cosas, se contentó con echar una severa reprimenda al delincuente príncipe (34). Ignórase si esta amonestacion produjo algun cambio saludable en su conducta; pero sí se dice que cuando creció, tomó una parte activa en las guerras de su país, y que apenas contaba diez y siete años, cuando ya habia ganado las insignias con que se distinguia á un capitán valiente y victorioso (35).

dor de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecias de sus antepasados, que habiase venir nuevas gentes á poseer la tierra, como eran los hijos de Quetzalcoatl que aguardaban su venida de la parte oriental." Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 69.

(34) „Con que el rey no supo con que ocasion poderle castigar, porque le parecieron sus razones tan vivas y fundadas, que su parte no habia hecho cosa indebida ni vileza para poder ser castigado, mas tan solo una ferocidad de ánimo, pronóstico de lo mucho que habia de venir á saber por las armas, y así el rey dijo, que se fuese á la mano." Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 69.

(35) Ibid., ubi supra.

Entre otras anécdotas que se refieren para probar la precocidad del jóven príncipe, es una de ellas que cuando solo tenia tres años echó á su nodriza en un pozo de donde estaba sacando agua, para castigarla de ciertas faltas que habia presenciado; pero no referiré al lector estas extrañas pruebas de temprano desarrollo, porque es probable

Cuando murió su padre disputó la corona á su hermano mayor Cacama. Vióse amenazado el país de una guerra civil; pero terminó aquel la contienda, cediéndole la parte del reino situada en las montañas. Cuando llegaron los españoles, el jóven monarca que apenas contaba veinte años no cumplidos, hizoles, como hemos visto, muchas demostraciones de amistad, llevado indudablemente del odio que profesaba á Montezuma, por haber apoyado las pretensiones de Cacama; (36) pero cuando subió al trono de Tezcuco, mostró todo el afecto que les profesaba. Desde ese momento se convirtió en el mejor amigo de los cristianos, ayudándoles no solo con su personal autoridad, sino con todo su ejército y recursos, que aunque muy decaidos del esplendor que habian tenido en los dias de su padre, eran todavia considerables y le constituian un aliado utilísimo. Los escritores castellanos recuerdan con gratitud sus importantes servicios; y la historia no le ha defraudado la gloria que adquirió con justicia; triste gloria, por cierto, de haber contribuido mas que ningun otro príncipe del Anáhuac, á remachar en el cuello de sus compatriotas la cadena del hombre blanco.

que no tengan el mismo apetito por los hechos maravillosos que el historiador tezcucano.

(36) Pag. 180 del tom. 1º

Las dos bases en que principalmente descansa la historia de la Conquista, son las Crónicas de Gomara y de Bernal Diaz, dos escritores que se asemejan tan poco el uno al otro, como el eclesiástico culto y cortesano al rudo soldado.

El primero, Francisco Lopez de Gomara, era natural de Sevilla. Cuando volvió Cortés á España despues de la conquista, fué Gomara su capellan; y muerto el conquistador, continuó al servicio de su hijo el segundo marqués del Valle. Entonces escribió su Crónica; por lo que puede conjeturarse que su narracion no está conforme á los principios estrictos de la imparcialidad histórica; y en efecto, no carece de fundamento tal sospecha. La historia de la Conquista es necesariamente la del hombre que la ejecutó; pero Gomara ha hecho realzar tanto el carácter de su héroe, que ha obscurecido enteramente el de sus valientes compañeros de armas; y al paso que corre un velo sobre las debilidades de su favorito, pone mucho empeño en referir sus hazañas de la manera mas brillante. Su posicion puede en cierto modo disculpar esta parcialidad; mas no es bastante para vindicarlo á los ojos del honrado Las Casas, quien pocas veces concluye un capítulo de su obra sin censurarle fuertemente, y algunas veces se extiende hasta acusarle de falsedad manifiesta, y asegurar que no tenia ojos ni oídos mas que para ver y escuchar lo que su protector le queria dictar. Que esto no es enteramente cierto, lo prueba el hecho de que la obra fué escrita algunos años despues de la muerte de Cortés, y ciertamente Gomara tomó noticias de las mejores fuentes, no solo de la familia del conquistador, sino de los mas distinguidos actores de aquel gran drama, con quienes su posicion le hizo tener un trato íntimo.

Los materiales que de esta suerte pudo reunir, los ordenó con un método poco entendido por los escritores de aquel tiempo. En lugar de las vagas incoherencias de

estos, el estilo de Gomara es breve y elegante, claro y conciso. Si algunas veces aglomera demasiado los hechos, y ocupa tanto la mente del lector que no puede meditar sobre ellos, todos tienden á un punto determinado, y la narracion en vez de arrastrarse lentamente hasta agotar la paciencia é interes del lector, prosigue sin interrupcion su marcha. En una palabra, la obra no solo es superior á la mayor parte de las de su tiempo, sino que hasta cierto punto puede aspirar al rango de clásica.

Debida á estas circunstancias fué la celebridad y rápida circulacion que tuvo la historia de Gomara, tanto que mientras dormian manuscritas muchas cartas de Cortés, y las composiciones mas esmeradas de Oviedo y Las Casas, los escritos de Gomara fueron impresos, reimpresos, y traducidos en varias lenguas europeas cuando aun él vivia. La primera edicion de la *Crónica de la Nueva España* apareció en Medina en 1553, y se volvió á publicar en Antuerpia el año siguiente. Despues fué incorporada en la colección de Barcia; y finalmente, en 1826 la dió á luz en este lado de los mares la prensa mejicana.

Son muy curiosas las circunstancias que acompañaron á esta última edicion. El gobierno mejicano señaló una pequeña suma para los gastos de la traduccion que se suponía ser una historia original de Chimalpain, escritor indio que floreció á fines del siglo diez y seis. Confióse aquel trabajo al laborioso Bustamante; pero este literato no habia adelantado mucho en él, cuando descubrió que el pretendido original era una version en lengua azteca de la *Crónica de Gomara*. No obstante esto, continuó sus tareas hasta dar al público una edicion americana de la obra del capellan, siendo un hecho notable que el editor en sus otros escritos se refiere constantemente á la misma obra, llamándola *Crónica de Chimalpain*.

La otra autoridad á que me he referido es Bernal Diaz del Castillo, oriundo de Medina del Campo, en Castilla la Vieja. Nació de una pobre y humilde familia, y en 1514 vino á buscar fortuna al Nuevo Mundo. Se embarcó de soldado raso en la primera expedicion de Córdoba á Yucatan, acompañó el año siguiente á Grijalva á este mismo punto, y finalmente, se alistó bajo las banderas de Cortés, á cuyo victorioso gefe siguió en su primera subida á la gran mesa, le acompañó á atacar á Narvaez, participó de los desastres de la noche triste, y estuvo en el sitio y toma de la capital; en una palabra, casi no hubo en toda la campaña un acontecimiento ó accion de importancia en que no tuviese parte. Encontróse en ciento diez y nueve batallas y combates, en varios de los cuales salió herido, y mas de una vez escapó milagrosamente de caer en manos del enemigo. En todas estas ocasiones mostró Diaz el valor de un castellano viejo, y una lealtad á toda prueba, que le hizo oponerse constantemente á los motines que tantas veces turbaron la armonía del campo: siempre fué fiel á su gefe y á la causa que habia abrazado; y su fidelidad consta no solo por su propio dicho, sino por los muchos elogios que le prodiga el general, quien por tal motivo le colocó en puestos de confianza y de responsabilidad, que proporcionaron al futuro historiador los mejores medios de adquirir noticias sobre la conquista.

Quando se consolidó el dominio español en Méjico, recibió Diaz sus repartimientos de tierras y operarios; pero no se hizo la division á su gusto, por lo que censura fuertemente el egoismo del general, que se ocupaba demasiado de la parte que le tocaba para pensar en la de sus soldados. La division de los despojos es siempre una tarea penosa. Por muchos años llevó Diaz una vida activa para que pudiera contentarse con morir en

una indolente tranquilidad. Así fué que tomó parte en varias expediciones mandadas por los capitanes de Cortés, y acompañó á este gefe en su terrible excursion por los bosques de Honduras.

Por fin, en 1568 vemos al veterano establecido de regidor en la ciudad de Guatemala, y pacíficamente empleado en referir las valerosas proezas de su juventud. Habia transcurrido casi medio siglo de la conquista, y habia sobrevivido al general y casi á todos sus compañeros de armas. Cinco solo habian quedado del puñado de valientes que acompañó á Cortés desde Cuba, y estos, para usar de las palabras del anciano historiador, "eran pobres, viejos y enfermos, cargados de hijos, y con muy pocos medios para mantenerlos, terminando sus dias como los habian comenzado, en los trabajos y la miseria." Tal fué la suerte de los conquistadores de la rica Méjico.

El motivo que indujo á Diaz á tomar la pluma en una edad tan avanzada, fué el deseo de reclamar para él y sus camaradas la parte de gloria que de derecho les pertenecía en la conquista, gloria de que habian sido defraudados, segun él creia, por la exagerada reputacion del general, debida en gran parte á los escritos de Gomara. Sin embargo, ya que habia escrito Diaz una gran parte de su obra, llegó á sus manos la del capellan. El contraste que presentaba su estilo familiar con el claro y pulido de su predecesor, le disgustó tanto, que arrojó la pluma con desesperacion; pero cuando hubo leído un poco mas, y vió las groseras inexactitudes de su rival, volvió á emprender sus trabajos, resuelto á dar á luz una narracion que al menos tuviera el mérito de la verdad. Este fué el origen de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

Debe confesarse que consiguió su objeto. Al leer sus páginas se echa de ver que sean cuales fueren los errores en que incurra, ya por olvido de hechos tan antiguos, ya por vanidad, de que tiene una buena dosis, ya por credulidad, ya por otra causa, no hay una maliciosa alteracion de la verdad. Si lo hubiera intentado, su misma sencillez le habria vendido. Aun con relacion á Cortés, al paso que procura equilibrar la balanza entre su mérito y el de sus veteranos, y al mismo tiempo que manifiesta libremente su codicia y algunas veces su crueldad, hace completa justicia á sus heroicas y sublimes cualidades. Con todos sus defectos, es bien claro que considera á su gefe superior á cualquiera otro de los capitanes, así de los tiempos antiguos como de los modernos. En el calor mismo de sus quejas, siempre está pronto á probar su lealtad y adhesion personal á Cortés; y cuando se le calumnia, se le insulta ó se le trata con desprecio ó de una manera indigna de él, toma al momento su defensa. En una palabra, aunque algunas veces lo censura agriamente, no permite que otro lo haga.

Bernal Diaz, el rudo hijo de la naturaleza, es el mas fiel y exacto copista de ella. Traslada, si me es lícito decirlo así, á las páginas de su historia las escenas reales de la vida, por una especie de procedimientos daguerrotipicos. Es entre los historiadores lo que De Foe entre los novelistas. Nos lleva en medio del campo, nos hace rondar el vivac con los soldados, acompañarles en sus penosas marchas, escuchar sus consejos, sus murmullos de descontento, sus planes de conquista, sus esperanzas, sus triunfos y sus desengaños. Todas las escenas pintorescas y los romanescos acontecimientos de la conquista, están reflejados en las páginas de Diaz, como en un espejo. El transcurso de cincuenta años no habia hecho impresion en las facultades mentales del veterano. El fuego de la juventud resalta en cada línea de su desaliñada historia; y al re-

ferir sucesos ya pasados, puede ser muy bien que el recuerdo de los bravos compañeros que habian perecido, dé á la pintura un colorido mas vivo que si la hubiera hecho en edad mas temprana. El tiempo, la reflexion y los temores por lo futuro que debian agitar el ocaso de la vida, no tuvieron poder sobre las opiniones que concibió en su juventud. No admitia dudas en cuanto al derecho de la conquista, ni en cuanto á lo justo de los castigos impuestos á los indios. El era todavia el soldado de la cruz, y los que murieron á su lado mártires de la fe. „¿Dónde están mis compañeros?“ pregunta: „han caido en el campo de batalla, han sido devorados por los caníbales, ó han servido de pasto á las fieras conservadas en jaulas. ¿Qué se han hecho aquellos cuyos restos debian conservarse bajo mármoles, en que estuvieran escritas sus proezas, dignas de perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su Dios y de su rey, para dar luz á los que vivian en la obscuridad, y tambien para adquirir las riquezas que todo hombre codicia?“ Algunos han creido que este último motivo, del que habla pocas veces y por incidente, fué el que principalmente impulsó á los conquistadores. Tal confesion es ciertamente una muestra de sencillez que da un encanto irresistible al anciano historiador, y que sin pretenderlo descubre su pecho como es, y lo pone enteramente abierto á la vista del lector.

Parecerá extraordinario que despues de haber trascurrido tanto tiempo hubiera conservado tan fresco el recuerdo de los acontecimientos de sus campañas; pero debe considerarse que eran las mas extrañas y romanescas, muy á propósito para hacer una impresion profunda en una imaginacion jóven y ardiente. Probablemente las habria referido tantas veces el veterano á su familia y amigos, que cada pasaje de la conquista le seria tan familiar, como el sitio de Troya al rapsodista griego, ó como las interminables aventuras de Sir Lancelot ó Sir Gawain al menestral normando. Ordenar, pues, esta narracion en forma de crónica, no era sino repetirla una vez mas.

El mérito literario de la obra es muy escaso, como debe esperarse de la clase á que pertenecia el autor. No tiene ni aun el arte de disimular su vanidad vulgar, que manifiesta de una manera ridícula en cada página de su obra; y sin embargo, se le puede perdonar esta falta, cuando se advierte que la acompaña la virtud de apreciar el mérito de otros, y que aquella debe atribuirse en parte á su extraordinaria sencillez. Confiesa francamente sus defectos, aunque trata de excusarlos. „Cuando concluí mi historia,“ dice, „la sujeté á la revision de dos licenciados que deseaban leerla, y á quienes respetaba tanto, como un hombre ignorante respeta al literato. Supliquéles no cambiasen, ni corrigiesen el manuscrito, pues todo estaba referido con la mayor buena fe. Cuando lo hubieron leído alabaron mi maravillosa memoria. Dijéronme que estaba escrita en buen castellano antiguo, sin ninguna de las flores y adornos de que tanto hacen alarde nuestros mejores autores; pero que habria sido bueno que no me alabara tanto, ni á mis compañeros, sino que hubiera dejado ese cuidado á otros. A esto contesté que era comun entre vecinos y compañeros encomiarse unos á los otros, y que si no hablábamos bien de nosotros, ¿quién habia de hacerlo? Además, ¿quién habia presenciado nuestras proezas y nuestras batallas, sino las nubes del cielo y las aves que volaban sobre nuestras cabezas?“

No obstante los elogios de los licenciados sobre el estilo, es demasiado familiar, abunda en barbarismos, y está á veces sazonado con los picantes chistes de un cuartel; pero el mérito de expresar claramente los pensamientos del autor, es muy con-

forme á su carácter sencillo. Su narracion está ordenada con menos aliño del que es comun entre las producciones de su género, y abunda en aquellas digresiones y repeticiones que usan los hombres vulgares al contar su historia; pero es inútil criticar segun las reglas del arte, á un escritor que las ignoraba completamente, y cuya obra por mas digna que sea de censura, será leida y releida por los literatos y estudiosos, al paso que las de los historiadores mas clásicos duermen tranquilas en sus estantes.

¿En qué, pues, consiste el encanto de la obra de Bernal Diaz? En el espíritu de verdad que en ella se advierte; en que nos presenta los hechos como pasaron, y los sentimientos tales cuales existian en el corazón del escritor. Esto es lo que da á su historia un vivo interés, que mas frecuentemente se encuentra en las producciones de una mal cortada pluma, que solo cuida de referir los hechos, que en las de los consumados y fastidiosos literatos que solo se ocupan del modo de expresarlos.

Una verdadera casualidad hizo que esta inimitable historia saliese del olvido en que otras muchas obras de mayor mérito habian caido en la Península. Mas de setenta años estuvo sepultado el manuscrito en la obscuridad de una librería privada, hasta que llegó á manos de Fr. Alonso Remon, cronista general de la orden de la Merced, quien tuvo la sagacidad de descubrir bajo el rudo exterior de la obra, su inapreciable valor para ilustrar la historia de la Conquista. Obtuvo licencia para publicarla; y bajo sus auspicios se dió á luz en Madrid en 1632: esta edicion es la que he consultado al escribir mi obra.